PETER, QUERIDO PETER

por Fernando Martín Iniesta

Pre: minuto a minuto, segundo a segundo, con la amorosa y estricta ceremonia de quien se engalana para la fiesta, aquella mujer preparaba el encuentro gozoso e infinito que le llegaba desde más allá de la Vida.

Anochecía cuando se despertó. Por la abierta ventana, la niebla espesa y lechosa, se filtraba moviendo lentamente los visillos, empapando de humedad las ropas de la cama, dejando un hálito que se materializaba en gotas en el amplio espejo del armario empotrado. Notó un fuerte tirón en el cuello provocado, seguramente, por la postura en la que había dormido; la incomodidad le creció al observar que se había echado vestida sobre la cama y había arrugado el traje de crespón negro, galas de la triste ceremonia y cuyo velo de gasa reposaba sobre la alfombra color burdeos de gruesa lana, mullida y suave; lana todavía viva y olorosa que guardaba el aliento, el olor y el sudor de él; alfombra que había gemido con ellos en largas tardes y hondas madrugadas de irrepetibles deseos; alfombra que él, en un instante de satisfecho reposo, había dicho «huele a savia y a monte», y, ella —¡ahora lo recordaba!— creyente, devota, sacerdotisa de cuanto él vivió, olió casi con reverencia animal.

Al incorporarse intentó verse en el espejo opaco y turbio, sin conseguirlo. «Debo estar horrible». Deseando y temiendo, al mismo tiempo, cerciorarse, fue hacia el azogue. La palma de su mano batió con desgana el vidrio y sus moradas ojeras, sus desordenados cabellos, sus vidriosos ojos por el sueño y el llanto, le devolvieron la única imagen que siempre había temido: la de su soledad. Pero en la piel de la mano, adentrándose por los poros, traspasándolas, sintió el tacto fresco y conocido, humanamente vivo de la mano de él. No puede sofocar un grito entre gozoso y fatalista, un grito que, apenas escapado, le horroriza: «Está aquí, vivo, siempre vivo por que él no ha muerto, no puede morir». Casi desfallecida, vuelve a la cama. Vuelve a tenderse sobre las húmedas sábanas y a recordar, luchando por evitarlas, porque no regresen, las imágenes del entierro, las escenas del duelo que, a juzgar por la noche que se adentra en la casa, debieron suceder el día antes y que, el largo y profundo sueño, devuelve fantasmagóricas e irreales; imágenes que se niega a aceptar y que rompe, una vez y otra, destroza, repara, quiebra como las piezas de un rompecabezas que, solamente al ordenarse, cobrarán sentido. «Está aquí, y yo, ahora, mientras se baña, le haré llegar las notas, candentes y frías al mismo tiempo, de Mahler». Se levanta, cruza hasta el salón y conecta el tocadiscos, y, como siempre, como cada día, como cada vez que él lo desea, desde los bafles repartidos por toda la casa, suenan limpias las notas. Pero no, algo no concuerda con el cotidiano suceso. «El agua, el agua del grifo», porque él dejaba siempre abierta la puerta del cuarto de baño y el sonido del agua se mezclaba con las notas musicales. Y el grifo no suena, y es preciso que suene como materialización de una realidad que la magia de la música no debe romper, porque él, siempre... Y desde el fondo abismal de su cuerpo de mujer, siente, vuelve a sentir, entre abandonada y enardecida, la llamada del deseo y de la carne, la misma llamada que, diez años antes, otro anochecer de niebla indecisa, allá sobre las rocas cortadas sobre el abismo, mientras la brisa del mar golpeaba sus vestidos ciñéndoselos al cuerpo y dándole forma de escultura de fuego, el hizo abandonarse, pedir, suplicar, acaso gimiendo, que la boca de él se apoderase de la suya, que la poseyera en un rapto frenético, de una vez para siempre, mientras se hundía en una atmósfera de sueño, irreal, toda su vida anterior de muchacha poseída por miedos adolescentes. Desde entonces no tuvo, no ha tenido, sabe que no tendrá otra forma de sentirse viva que la que le comunicaba aquel cuerpo. Fue entonces cuando comenzó a descubrirse a sí misma, a reconocer su piel que vibraba al más leve contacto, a sentir cómo la sangre resbalaba por sus venas, a distinguir, en la palma de la mano, la humedad, el calor y el frío, y se le fueron revelando, a través de los ojos, los colores capaces de excitarla, dormirla y despertarla en una extraña comunión, siempre a través de él, de su cuerpo con la naturaleza.

Sabía que él estaba esparcido por la casa y que nunca desaparecería. Si se acercaba hasta la tallada mesa, caída, con el abandono de la costumbre, estaba su pipa oliendo a tabaco fresco y recién quemado, caliente todavía por la última ceniza, esperando, sabiendo que, en cualquier momento, la segura mano de él volvería a recogerla para devolverle, con su uso, su razón de ser como objeto. «Llamarle». Si le llamaba, si pronunciaba su nombre, si decía «¡Peter, querido Peter», desde el cuarto de baño, por encima del sonido de la ducha, traspasando la música que inundaba la casa, él respondería. Y llamó, lo intentó aunque nunca supo si el sonido salió de su garganta: «¡Peter, querido Peter» No hubo respuesta y pensó: «no ha debido de oírme». Pero estaba allí, saldría dentro de unos instantes con la piel húmeda y el cabello mojado, oloroso

de Man, la colonia que siempre usaba. «Le prepararé la ropa». Camina hacia el armario, abre los cajones, busca, busca y no encuentra la camisa de seda natural que le regaló hacía escasamente una semana, y algo en su interior resuena como un mazazo, le recuerda que aquella prenda «está con él», se la llevó puesta...

Y no se resigna a que sea así, y piensa: «debe estar en la cesta de la plancha; le recordaré a la muchacha que la planche y la deje nuevamente en el cajón». Elige otra camisa, de popelin blanco, inmaculada y la deja sobre la cama. «¿Qué traje se pondrá hoy? Le escogeré una corbata discreta. Seguramente se vestirá de azul, y, entonces, le irá una corbata roja... ¿o gris perla?» Se decide por la gris perla y la extiende, levemente inclinada sobre la camisa. Ahora, sólo esperar a que salga del cuarto de baño. «¿Qué haré mientras tanto?» «¿Comenzar a arreglarme?» «Quizá sea lo mejor». Pero no lo hará. ¿Por qué si hoy no tienen prisa, no han trazado ningún plan especial, solamente han pensado en salir, pasear un poco en el coche por las afueras de la ciudad, cenar en cualquier restaurante de la carretera y luego, algún cine, ¡ni siquiera han mirado la cartelera!, y, posiblemente, si el ambiente del restaurante es grato puede que alarguen la cena con una botella de champán después, sin prisas, detenerse en cualquier «pub» de los muchos que frecuentas, escuchar un poco de música, tomar un par de tragos y regresar a casa. No, hoy no tienen ningún plan especial, y, a ella, le agrada meterse en la bañera después de haberlo hecho él, es como si el agua, la espuma del gel que, irremediablemente queda siempre sin disolverse en el fondo, guardase, todavía, el olor de su piel. Sí, esperará, esperará a que salga. Pero ¿qué hace ella con aquel vestido negro y arrugado? Lo normal sería que estuviese en bata, o puesto alguno de aquello kimonos chinos que él le regaló y que tanto le agrada que se ponga. ¿Por qué está vestida así? No encuentra una explicación lógica ni hace esfuerzos por hallarla.

El disco ha llegado al final y cesa la música mientras crece el sonido del agua cayendo sobre la bañera. «Hoy tarde más de lo acostumbrado. Pondré la otra cara del disco», y, descalza, regresa al salón. L melodía al sonar de nuevo devuelve a la normalidad el ambiente de la casa y una ancha sonrisa resbala por la cara de la dueña, mientras gozosa, presa de aquella temblorosa felicidad que tan bien conoce, repite, una y otra vez: «¡Peter, querido Peter», mientras se abalanza nuevamente sobre la cama, mirando el techo y soñando, soñando como tantas veces.

La niebla, cada vez más espesa, se adentra en la alcoba. Una ráfaga de viento se estrella contra las entornadas puertas haciendo ondear los visillos. Siente que aquella niebla se ha tragado algo, ha difuminado hasta hacerla borrosa una figura que, fantasmal, inconcreta, penetra en la habitación, se acerca hasta la cama, le aprieta fuertemente con sus brazos inmateriales y le susurra al oído: «Ven, ven conmigo, me prometiste que me seguirías cuando yo te lo pidiese. Ven». Quiere gritar. Pero no es de miedo, sino de gozo, de un gozo inmenso, sobrenatural, alienante, mientras siente cómo su sangre corre, cada vez más aprisa, por sus venas, y desde la piel, adentrándose en las carnes ardientes, quemando tejidos, violándole las entrañas, le penetran los temblores de un orgasmo frenético y desconocido hasta hacerle rechinar los dientes, pronunciar palabras inconfesables y caer desvanecida por el gozo infinito que le llega desde más allá de la vida.

Al despertarse no le pesa el tiempo, se desliza a su alrededor volátil y siente cómo su cuerpo flota sobre la cama. Frente a ella está Peter con los brazos tendidos, el cabello revuelto y los ojos vidriosos y fríos. Lleva puesta una máscara hierática que imita, a la perfección, sus propias facciones y sólo por la rigidez ella «sabe» que es una máscara. No necesita hacer ningún movimiento para acercarse hasta él: le basta un simple deseo que no es capaz de formular, que no necesita formular siquiera. Y, fatalmente, el deseo se cumple, las manos se encuentran, los brazos se estrechan y los labios se unen. Pero su boca es ardiente y la de él está fría. Con suavidad se separa del hombre mientras murmura «Ven, acuéstate aquí, a mi lado». Y Peter se deja arrastra hasta la cama y queda quieto, relajado, boca arriba, mirando la araña de cristal. «Se ha dormido, estaba muy cansado y se ha dormido y no quiero despertarle». Quedamente, se levanta para contemplarle, ¿cuántas noches, cuántos amaneceres se ha quedado horas y horas mirándole dormido y susurrando «parece un niño, un niño grande cuando duerme»? ¿Y, ahora, ahora ha perdido aquella inocencia! Cierra los ojos apenas un segundo y cuando vuelve a abrirlos Peter está vestido de negro, las manos enlazadas reposando sobre el pecho y cuatro candelabros, con gruesas velas goteantes impregnan un acre olor la atmósfera y ella no puede vencer un grito lacerante y desgarrado, un grito inhumano, de animal herido. La visión dura solamente un instante. Peter desenlaza sus manos, se incorpora y los candelabros se esfuman entre la niebla. Nuevamente, la música del tocadiscos y el sonido de la ducha impregnan de vida la estancia. Peter está nuevamente frente a ella, le coge las manos mientras caminan por el acantilado. «¿Qué harías si yo me lanzase desde aquí al mar?» la mirada del hombre es franca y el tono de las palabras no está exento de ironía. «Me lanzaría tras de ti», y siente un escalofrío al responderle mientras toda la brusquedad, la ruptura, el desgarro del golpe de su cuerpo contra el agua lo siente como si ya hubiese acontecido: es un choque súbito y terrible que se apaga en una blanda sensación de abandono. Él coge su mano con firmeza y la empuja lentamente hacia el abismo. De repente, inesperadamente, se siente atrapada entre sus brazos y su boca siente toda la frescura de los labios del hombre mientras una carcajada le disipa los injustificados temores. «No, no es la muerte la que quiero contigo, sino la vida».

«¿Qué hago yo con este traje negro?» No recuerda, no puede recordar que esa pregunta se la ha estado formulando una y cien veces desde que despertó. A él no le gustaba el negro, odiaba todo lo triste. Para él, la alegría era el hecho de estar vivo, palpar con la mirada las cosas, respirar a pleno pulmón el aire, acariciar con las manos cualquier objeto, ceremonia que cobraba su máxima capacidad de expresión cuando, suavemente, se llevaba a la boca la pipa, rito antiguo y misteriosos que le hacía a ella cerrar los ojos al

besarla con la levedad del pájaro o la pasión devoradora del tigre, liturgia que la transportaba a oscuros paraísos cuando la poseía.

No le queda ya paciencia —ella que era tan suave y tierna en todos sus movimientos— para sacarse el vestido, y lo desgarra. Cruje la seda con un metálico sonido mientras el espejo, confidente de deseos y coqueterías, refleja su vientre que, a pesar de los años, conserva texturas de adolescente, repite sus largos y redondeados muslos como si el azogue tuviera la virtud de posesionarse de ella y queda desnuda y multiplicada en la estancia. Con la lentitud de un reptil pasa su mano derecha por el hombro opuesto y la va dejando resbalar hasta el codo, mientras sus pechos, todavía duros y tersos, se balancean al ritmo de una respiración que parece detenerse en el tiempo y le obliga a entornar los ojos, girar levemente la cabeza para admirarse en el cómplice cristal azogado. ¿Qué tiempo ha transcurrido? Ni lo siente ni le importa, vive, otra vez, en la etérea atmósfera donde la realidad se difumina hasta perderse. Esta sensación de flotar nuevamente, la lleva hasta el amplio, enorme, armario ropero. Tira de uno de los cajones y extrae una diadema de imprecisas florecillas de tela blanca. Al ponérsela, tiene que recogerse hacia atrás los cabellos. Se retira unos pasos y vuelve a contemplarse en el espejo. «Hoy es el día de mi boda», y, como entonces, lo primero que se prueba es la diadema. Se la quita y alza con ambas manos en un extraño ceremonial de pudores y deseos. Todavía, en aquel armario, está el traje de novia. Durante años ha gozado contemplando aquel blanco vestido que destaca, en su percha, sobre los colores de su ropa de cada día. Con infinito mimo, descuelga la percha y se abraza a aquel traje, acariciando con la mejilla la irisada seda. El espejo divide en dos su imagen: una recoge el largo muslo y la tersa pierna; la otra, es una especie de maniquí que sostiene, deformada, la vaporosa tela. Abrazada a aquel testimonio lejano, regresa hasta la cama y se sienta en ella. En el suelo, como la piel de un extraño y temeroso animal, está el negro, desgarrado vestido.

Vuelve a vestirse con la misma emoción que lo hizo diez años antes. Ha conservado todas las prendas que usó aquel día y las va extendiendo, una a una, sobre la cama, tejiendo un raro mosaico blanco sobre la colcha azul marino. El ramo de azahar, amarillento, marchito y descolorido, se deshoja entre sus manos al sacarlo de aquella caja de madera tallada. Pero ella no lo advierte y, rememorando imágenes que le llegan a retazos, vuelve a besar el amarillento ramo que acaba deshaciéndose en polvo. Como entonces, tiene empañados los ojos, presa de una conocida emoción, que le impide vese con nitidez en el espejo mientras acaba de vestirse.

Baja las escaleras que conducen hasta la calle arrastrando la larga cola y oyendo lejanas notas de una marcha nupcial. Apretadas, con ambas manos, junto al marchito ramo, lleva las llaves del coche. Nadie la ve salir, el portero hace horas que abandonó su puesto de vigía. Al salir a la calle es noche cerrada. Una lluvia fina y pertinaz golpea el asfalto repica en las carrocerías de los coches aparcados. Lentamente, ajena a todo lo que no sea el fatalismo de su destino aceptado, cruza hasta su vehículo, un Chevrolet negro, algo pasado de moda y que conserva todo el empaque y la austeridad de otros tiempos. Sentada frente al volante ha dejado afuera, prisionera por la puerta, parte de la cola de su vestido. La frialdad del volante traspasa sus finos guantes, llegando hasta sus manos que arden. Los faros intentan, en vano, traspasar la lluvia y la niebla, dejando detenida la luz en una rara llama que vista desde la distancia, flamea. Volando por las desiertas calles, la apresada cola del vestido, parece una bandera que ondeara pregonando un oculto presagio.

Aparca frente a la puerta del cementerio. Al salir del coche, su enganchada cola, se desgarra sin que lo advierta. Los faros encendidos del coche recortan su figura mientras flanquea la abierta puerta de hierros retorcidos, en cuyo marco se alza una cruz. Avanza por un pequeño sendero de altos cipreses que gimen azotados por la lluvia y el viento que van creciendo en intensidad. Sus pies, calzados con delicados zapatos de raso blanco, salpican, en su sonámbulo andar, los continuos charcos. Empapadas, las ropas, se le pegan al cuerpo componiendo una estatua que, al no ser por el movimiento, podría confundirse con las figuras de mármol que coronan algunas tumbas. Un rayo lejano ilumina, por unos instantes el campo de lápidas y muertos. De sus cabellos, de sus sienes, resbalan unos leves hililllos de agua.

Se detiene ante la tierra bajo la cual, hace apenas unas horas, reposa Peter, y que, todavía, no ha sido cubierta con la lápida de mármol. Junto a ella dejada caer con precipitado abandono, hay un azadón. Pero no lo advierte. Se arrodilla y con las manos comienza a escarbar febrilmente. La empapada tierra facilita su tarea. Va hundiendo las manos en la fosa y, al apretarlas, convierte en barro, amasa una y otra vez, la tierra que cubre el ataúd y que, después, suavemente, arroja a una lado. La tarea es lenta y torpe. Pero sabe, adivina, que tiene para ella toda una eternidad...

* * *

El sol, alto en el cielo, ha despejado las nubes. De la tierra mojada se levanta un hálito de madreselvas. Los cipreses dejan resbalar las últimas gotas de lluvia de sus hojas. Desde la tumba abierta de Peter, desde el vacía ataúd, parten las huellas profundas de unos pies descalzos que dejan, indelebles, su patético testimonio. Más allá, donde comienzan las losas del suelo y el sendero se amplía, las huellas se pierden...

* * *

En el lecho nupcial, revestido con la colcha de gala y las sábanas humedecidas con incitan te perfume, está el desnudo, yerto y frío cadáver de Peter... Sobre él, una y otra vez, unos ansiosos labios recorren la ya terrosa piel mientras las paredes recogen gemidos y estertores que nadie podría identificar si son de un orgasmo repetido o de un llanto de angustia y de muerte.